

CAPÍTULO I

Dókor, el irisado



El resuello de una respiración agitada. La música intranquila que compone el corazón cuando se ve amenazado. El viento aullando en mis oídos. Tres eran los únicos sonidos que podía escuchar en aquellos instantes.

Caí.

Volví a tropezar empujado por el daño que, sin saberlo, los rayos del último sol del día producían sobre mis ojos irisados.

Me perseguían.

Trataban de darme caza como a una pobre liebre solitaria que huye de los lobos cuando toda su manada ha sido eliminada. Con el miedo a morir enredando sus pasos a cada metro que avanza.

Las voces de mis perseguidores sonaban entre la maleza cerca de mí cuando mi cara se hundió en el barro por enésima vez. Pero no me di por vencido. Me levanté, y obviando el temor, más que el dolor de mi cuerpo, me recompuse y seguí avanzando. Los había despistado por un momento, pero los convergentes eran astutos, rápidos,



impredicibles; y yo me había entrometido demasiado como para que me dejaran escapar con facilidad.

Oh, vaya si lo había hecho.

Las sombras de dos mestizos alados se dibujaban sobre la hojarasca, por encima de mi cabeza, y no era difícil adivinar que aquellos merodeaban surcando los cielos, buscando su premio. Buscándome a mí.

Supe que debía tranquilizarme si pretendía despistarles, y que la caída de la noche jugaría a mi favor. Me detuve y extendí los brazos. Cerré los ojos, respiré hondó, tomé contacto con la tierra. No podía hacerlo si no encontraba la paz; si no era capaz de serenarme. Sentí fluir el impulso de los ancestrales árboles y solo entonces me abracé el cuerpo, magullado y dolorido, y mi existencia dejó de ser corpórea para convertirse en algo esencial; en un sentimiento imposible de ser percibido por otro que no fuera de mi propia raza.

Tuve que armarme de valor cuando escuché a los convergentes pasar a alrededor de mí, levantando el follaje y golpeando la maleza a cada paso. Apreté los labios y me aferré a mí mismo con fuerza sin abrir los ojos, como si hacerlo me convirtiera en un ser tangible de nuevo. Temblé; creí desfallecer cuando el filo ensangrentado de una espada recorrió el grueso perpunte del ejército de Irisia que me cubría el torso y protegía mi vida. Procuré no desconectar del particular flujo que la Naturaleza me regalaba, tal y como me habían enseñado, para conseguir pasar desapercibido entre mis enemigos, que continuaron avanzando en una carrera ya carente de sentido.

Cuando concluí que se habían alejado lo suficiente, me dejé ir, volviendo al estado de normalidad, y continué con mi



huida en otra dirección. Corrí tan rápido como las piernas me permitieron. Me desplazé entre la espesura haciendo alarde de la destreza adquirida tras años de entrenamiento, sobreponiéndome a cada caída y a cada golpe. Sabía de sobra que la amenaza había quedado atrás; sin embargo, un irracional e instintivo empuje me impedía detenerme.

No fue hasta que la noche cayó del todo sobre la selva, cuando me convencí de que era prudente detenerse y tomar el aire. Resbalé tras una gran roca y mis irisados y doloridos ojos escrutaron el terreno con avidez, aún temerosos de dar con algún nuevo enemigo. Contemplé mis manos llenas de sangre una vez más. Mis armas, ocultas entre los pliegues del pantalón que no cubrían las brafoneras, teñían la tela con el color de la muerte. Sentí náuseas. No tuve elección; luchaba por no morir, pero, aun así, el peso de la culpa de arrebatarse una nueva vida nunca era fácil de sobrellevar.

Estaba a salvo. Desprovisto de compañeros, pero vivo.

Extraje la brújula y el mapa y señalé el Norte. Marqué mi posición y el punto exacto en donde había sufrido el ataque de los convergentes. Debía volver a Irisia cuanto antes y dar parte al rey de todo lo acaecido en los frondosos bosques que rodeaban el reino de los mil colores.

Si dijese que fue fácil regresar a Hould, mentiría. Conocía muy bien las Montañas de los *Tilegs* que, formando una cadena de macizos rocosos, resguardaban la ciudad en donde yo vivía. Fui tan sigiloso como mi rey había demandado y no me adentré libremente en ella como cualquiera habría hecho, sino que caminé en las sombras, arrastrándome entre los callejones más oscuros y periféricos, procurando que nadie



me viera. Yo era propiedad del rey, de su ejército, de toda Irisia; no un ciudadano más. No se me permitía deambular por las calles sin el acompañamiento de algún superior ni mucho menos abandonar los muros que rodeaban a la capital de Irisia.

El castillo de mi rey se erguía imponente en la cima de la montaña más alta y tras él, dentro del perímetro que delimitaban sus murallas, se encontraban varias edificaciones —como las caballerizas o los aposentos de los abandonados y el servicio— que conformaban mi verdadero hogar. Me escurrí sin dificultad entre las callejuelas adyacentes y, cuando estuve listo, me encaramé al muro bajo la atenta mirada de uno de los centinelas que me apuntaba con el arco en actitud vehemente.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Pero no contesté. Detuve mi escalada para dejar que me observara porque aquel muchacho y yo nos conocíamos bien. Le vi reparar en mi aspecto, en mis ropajes verdes y marrones propios de nuestro ejército y en el emblema del árbol y el zorro que representaba al pueblo de Irisia, y que yo lucía con orgullo en el pecho. Bajó el arma en el momento en el que me reconoció como a un igual y dio aviso de mi llegada sin perder ni un segundo.

Ya en el otro lado, me vi rodeado de muchos compañeros y pocos amigos que aguardaban mi relato con excitación. Mi aspecto sucio, ensangrentado y revuelto hablaba de batallas y muerte, así que no fue necesario decir nada.

—¿Dónde están los demás? —preguntaron.



Pero no había una respuesta poco dolorosa para aquello, por lo que agaché el rostro y dejé que los mechones de mi embarrada cabellera ocultasen la desolación de mi rostro.

—Venga, apartaos. ¡Fuera! —gritó mi capitán, que con su sola presencia consiguió dispersar a la masa.

Me hizo un gesto para que le siguiera y yo obedecí en silencio. Solo hablé cuando se me preguntó, como bien me habían enseñado desde niño, y solo conté lo que mi superior quería escuchar. Cuántos eran. Qué querían. Dónde estaban.

Hacía varios meses que los rumores se habían escampado entre la población como el viento frío del otoño que augura tormenta. Se decía que los convergentes habían osado abandonar el territorio que se les había asignado y que deambulaban libremente por las Tierras de las Razas, sin ningún tipo de pudor. Nuestro ejército se había mantenido atento a cualquier movimiento sospechoso que se produjera en la frontera que unía nuestras tierras con las de los mestizos convergentes sin avistar nada extraño, si bien había llegado a oídos del rey que los sublevados asediaban poblados de nuestro reino vecino, el alígero, muy cercanos a Irisia. Y llegados a ese punto, sin noticias fehacientes sobre aquellos inquietantes sucesos, el rey Yóser, honorable regente de nuestro pueblo, mandó a sus soldados a la frontera alígera a elaborar sus propios informes.

Le vi observando través del cristal de la ventana cuando mi superior y yo alcanzamos la falda del castillo. No hablé cuando este anunció mi llegada. No hablé cuando los soldados del castillo preguntaron por la expedición. No hablé, tampoco, cuando alguien se ofreció a llevarme a curas y mi



superior se negó. No había tiempo para el reposo. Al menos, no para el mío.

Subimos las escaleras, forradas de mullidas alfombras verdes bordadas con pintorescos bosques y recamados de multitud de animales silvestres, y paseé la mirada entre los cuadros que adornaban las paredes representando estampas de la familia real en consonancia con los jardines más hermosos que mis ojos habían divisado nunca. Los estandartes reales se deslizaban desde el techo en una caída majestuosa y pesada que hablaba de opulencia y poder. La carpintería y la orfebrería elaborada por los mejores artesanos del reino se acumulaban en los pasillos del castillo con el gusto de aquel que tiene más de lo que necesita.

—Esperarás aquí —me ordenó el capitán, dejándome bajo la custodia de varios centinelas.

Me dejé caer en el suelo, en donde alguna de mis heridas abiertas manchó la alfombra de sangre, y aguardé con paciencia. O por cansancio. No lo sé. Lo único que me apetecía era dormir durante una semana entera. Pero mi capitán regresó a por mí antes de que tuviera tiempo de recomponerme y me lanzó una mirada reprobatoria cuando vio que no había permanecido firme y en posición.

Caminé junto a él a través de una gran estancia, tan ricamente vestida que al admirarla mis sentidos colapsaron. Recorrimos un pasillo, traspasamos una puerta, después otra sala, y más allá, tras un arco de piedra engalanado con la bandera irisada y flanqueado por dos efigies de mármol que representaban sendos zorros, se hallaban el rey, varios de sus vasallos y algunos miembros del ejército de Irisia. Todos aguardando por lo que yo tenía que contar.



Se me encogió el estómago por los nervios, pero traté de aparentar entereza, solo para que no se dieran cuenta de que más que un soldado, yo solo era un niño asustado desprovisto de familia que me reconfortara.

—Su Majestad —saludamos en un susurro.

El rey Yóser gesticuló, haciéndonos entender que nos dejáramos de protocolos. Se acercó a mí y me observó de arriba abajo reparando en cada una de mis flaquezas. Me levantó el rostro sujetándome por la barbilla como el que le mira los dientes a un caballo en una feria de ganado. Pero vi preocupación en sus ojos. O al menos, quise verla.

Como tantos otros niños en Irisia, yo fui ofrecido a la corte del rey nada más nacer con el objetivo de ser educado y entrenado como un soldado. Era una práctica habitual entre aquellas familias que no podían sustentar a sus hijos, aunque a mí me habían entregado sin dotarme ni siquiera de un nombre. No tenía familia. No tenía identidad. No era nadie.

Fue el propio rey Yóser, conmovido, el que me proporcionó uno, Dókor —que viene a significar algo así como *zorro rojo*—, en honor a uno de los animales más venerados de nuestra comunidad. Y fue el rey Yóser quien me eligió para aquella misión, seguro de que la escurridiza ligereza de la que gozaba, la denotada astucia que había mostrado en el entrenamiento y mi estúpido valor me harían regresar.

—Cuéntame qué has averiguado —demandó, sin más.

Quise abrir la boca, pero el capitán se adelantó.

—Tal y como su Majestad sugirió, los convergentes se mueven libremente por el Territorio de las Razas —afirmó con servilismo.

El rey caminó unos pasos observándole de reojo.



—¿Dónde está tú escuadrón, Dókor?

—Lamentablemente los perdimos a todos, mi rey —volvió a adelantarse mi superior.

El rey Yóser se volvió hacia a mí, ignorando al otro:

—¿Habéis averiguado qué se proponen?

Pero no fui yo el que contestó.

—No señor. Sin embargo...

—Deja que sea el soldado el que hable —ordenó el rey a su capitán, claramente contrariado.

Me tomé unos segundos para observarle con detenimiento, meditando lo que iba a decir a continuación.

—He sido testigo de un ataque a un poblado alígero colindante con nuestras fronteras —dije al fin con una voz áspera y rota por los enfrentamientos, que en nada se parecía a la mía.

—¿Con qué objetivo?

—Suministros. Tengo la certeza que su única finalidad era recabar provisiones. Aunque para ello pelearon con fiereza contra los alígeros que decidieron plantarles cara.

—¿Qué clase de convergentes acudieron a la batalla?

Tuve que reflexionar durante unos momentos antes de contestar a aquella pregunta. En el fervor de la batalla había sido capaz de observar mestizos de todo tipo. Algunos de ellos poseían alas y la asombrosa capacidad de volar tan solo reservada a los alígeros y, a la vez, presentaban las facciones níveas propias de los zarcos. Otros de ellos se desplazaban por las aguas con la destreza de los neríticos, pero sus cuerpos se mostraban tan robustos y musculosos como los de los carentes. E incluso, había distinguido los ojos



irisados de mi propia raza en un rostro teñido de azafrán, característico de los sábulos. Una verdadera aberración.

Sacudí la cabeza intentando olvidar tan confusas imágenes y alcé la mirada hacia la representación artística de las seis razas auténticas de Táreta que coronaba la sala, enmarcada en la más exquisita madera tallada.

Alígeros. Zarcos. Sábulos. Carentes. Neríticos. Irisados.

Seis razas. Seis Reinos. Una balanza equilibrada.

—De todo tipo, señor —contesté al fin.

El rey Yóser no dejó de observarme, buscando en mis facciones las palabras que no había pronunciado.

—Dejadnos a solas —demandó.

El capitán y el resto de miembros del ejército presentaron sus respetos y obedecieron con discreción, mas el consejero del soberano titubeó ligeramente, meditando sobre si debía permanecer en la habitación o no. Un sutil cabeceo del rey, no obstante, le instó a marcharse. La puerta se cerró, y el monarca aún dejó pasar unos segundos antes de decidirse a hablar.

—Sabes perfectamente cuáles son mis sospechas y por qué te envié a las fronteras. —Lo sabía de sobra—. Eres inteligente, Dókor, y lo suficientemente intuitivo como para ser consciente de que mis conjeturas pueden desembocar en un terrible conflicto entre pueblos. No puedo llamar a consultas al Conciliador de los convergentes sin el consentimiento del resto de razas. Por ese preciso motivo necesito tener información fehaciente e indiscutible que exponer ante mis homólogos, antes de hacerlo.

—Lo entiendo.



—Dime, entonces, Dókor... ¿Es cierto y probado que los convergentes están mostrando comportamientos belicosos hacia nuestros hermanos de raza?

—Lo es, Majestad —anuncié con solemnidad—. La reina Gradia de Alígia debe de estar necesariamente al tanto. Lo que no entiendo, si me permite la duda, es por qué motivo no habrá decidido avisar al resto de razas.

Yóser caminó con nerviosismo de un lado a otro de la sala, acariciando su barba en un gesto inconsciente.

—Gradia no acostumbra a manifestar sus inquietudes con el resto. Es demasiado comedida —manifestó, restándole importancia—. Estoy totalmente convencido de que está intentando resolver el problema por su cuenta. Sin embargo, ese poblado del que procedes está demasiado cerca de nuestras fronteras. No es un asunto que debamos eludir.

—Nos descubrieron y nos persiguieron a través del bosque con la intención de acabar con nuestro testimonio —señalé—. Parecían endiablados.

—Necesito que seas discreto tú también —demandó el rey—. Debemos informar al resto de reinos antes de que los convergentes nos ganen terreno. Dime, ¿cuánto tiempo queda para los Juegos Florales de la Hermandad?

—Unos dos meses...

—Para ese entonces los seis reyes de los seis reinos de Táreta nos encontraremos en la Ciudad de la Unión para celebrar la Fiesta de las Letras. Es el momento más importante del año, y uno de los pocos en los que las diferentes razas nos mezclamos los unos con los otros. —Escuché con atención tratando de entender hacia dónde quería llegar—. Es el momento exacto, también, en donde los seis reyes



podríamos convocar el poder de las Gemas de la Alcornia y protegernos de los convergentes de manera definitiva.

—¿Las Gemas de la Alcornia? —pregunté en voz alta, dejando al descubierto mi ignorancia.

El rey se acomodó en una butaca de terciopelo rojo y observó la opulencia de la sala como el que ve llover. Yo, como tantas otras veces, me arrodillé frente a él, mostrándole mi lealtad, pues entendía que lo que estaba a punto de contarme no era un asunto menor. Había crecido en el castillo, bajo el abrigo de su regencia, y estaba seguro de que el rey confiaba en mi fidelidad hacia el reino de Irisia.

—Levántate —me pidió.

Obedecí, y seguí su mandato cuando apuntó hacia otra mullida butaca que esperaba por mí. Estaba tan cansado que sentí el tacto abullonado del sillón envolviéndome como la lluvia en mitad del desierto. El rey se acercó más a mí, buscando la complicidad entre los susurros.

—La leyenda de las Gemas de la Alcornia es el secreto mejor guardado que existe en Táreta. Durante el paso de los años, los diferentes gobernantes de todas las razas nos hemos ocupado de que así sea. Y hoy, estimado Dókor, te lo confío a ti, seguro de que eres digno de tal consideración.

Intentando no parecer abrumado por el repentino trato sincero del hombre, asentí con un gesto, y esperé impaciente el resto del relato.

—En casos extremos, y tan sólo en situaciones de especial amenaza, los reyes de las seis razas existentes disponemos de la posibilidad de invocar el poder de estas preciadas gemas. Cada uno de nosotros ocultamos una de ellas, y al reunir las sobre el Altar del Linaje que se encuentra en



la Ciudad de la Unión, las gemas dejan fluir un suero que maximiza las aptitudes de cada persona, elevándolas a su suprema expresión. ¿Entiendes lo que significaría que los miembros de nuestro ejército tuviesen acceso a ese suero?

No quise precipitarme en dar mi respuesta así que pensé sobre aquello durante unos instantes.

—Que nuestros soldados se volverían más fuertes...

—Más fuertes, más ágiles, más atrevidos e inteligentes. Por muchos convergentes que intentasen arrebatarnos nuestro estado de paz, les sería imposible.

—Entonces, Majestad, ¿su propósito es reunir esas gemas el día de los Juegos Florales de la Hermandad?

—Ese sería el momento perfecto, así es. Y para eso necesito que alguien discreto como tú, viaje hasta los cinco reinos restantes y tenga una audiencia con sus gobernantes. Debes explicarles todo lo que has visto y el peligro al que estamos expuestos —demandó, casi rogando, el rey.

—No veo factible que permitan a alguien como yo reunirse con ellos —me lamenté, sin poder evitar menospreciarme. Me sentía demasiado joven e inexperto como para que cualquier rey, a parte del mío, me tomara en serio.

—Lo sé. Pero no debes preocuparte por eso. Te proporcionaré una misiva de presentación para que te permitan pasar y otra para cada uno de los regentes, que deberás dársela tan solo a ellos.

—¿Y cree que eso bastará para que trasladen las gemas hasta la Ciudad de la Unión? —pregunté, incrédulo.

—Oh, no. Existe un protocolo de actuación frente a las amenazas y créeme, los reyes jamás se arriesgarán a portarlas ellos mismos. —Arrugué la frente, desconociendo el



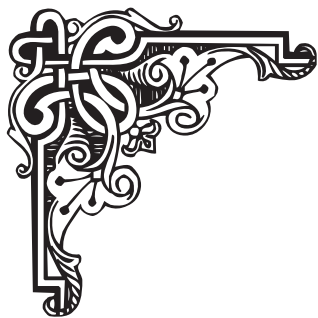
motivo—. Entre los convergentes, estimado Dókor, existen individuos de linaje puro, como bien sabes. Personas que, en su ignorancia, decidieron por voluntad propia convivir con ellos cuando los reyes tuvimos a bien liberarlos de su esclavitud; tal vez porque formaron familia con algún individuo que no pertenecía a su propia estirpe o por convicciones que ni siquiera atisbamos a entender. Algunos de estos estrafalarios sujetos han pertenecido a nuestros ejércitos, y desconocemos si, en algún momento, han sido partícipes del secreto, tal y como lo estás siendo tú hoy.

—Bien... Entonces, ¿pretende que sea yo quién viaje con las gemas? —pregunté, intentando llegar al fondo del asunto.

—No te lo permitirán. Las Gemas solo son dignas de ser transportadas por alguien perteneciente a su propia raza. Escucha bien —susurró—: deberás aliarte con miembros de otros clanes para efectuar la misión entre todos. ¿Crees que serás capaz?

Asentí preso del cansancio, casi sin pensarlo.

—Perfecto. Es una lástima que esos convergentes no se hayan conformado con el territorio que les hemos asignado liberándolos de su esclavitud, pero hay quien nunca tiene suficiente y es nuestra obligación mostrarnos contundentes. —Se relajó el rey Yóser, perdiendo la mirada través del vidrio de la ventana—. Ven a verme en dos noches. Lo tendré todo dispuesto para tu partida —me ordenó finalmente, antes de dejarme marchar.



CAPÍTULO II

Dókor, el irisado



Aquella noche corrí a resguardarme en mi alcoba, situada en el lugar más recóndito de la Torre de los Abandonados, donde todos aquellos niños y jóvenes que habían sido ofrecidos a la corte del rey disponían de sus aposentos. Las sombras se alargaban en las paredes desdibujando los emblemas reales que colgaban de ellas como estoicos recordatorios de adónde pertenecíamos y el escudo de Irisia, un roble de fuertes raíces con un zorro a sus pies, coronaba la estancia.

Era incapaz de conciliar el sueño, y pasé largas horas retorciéndome entre las sábanas, preguntándome qué me depararía el futuro. Siendo niño no había tenido muchas ocasiones de toparme con personas que no fuesen de mi misma raza, más allá de los mestizos que por voluntad propia habían rechazado su libertad para servir a los nobles a cambio de un plato caliente y un lugar en donde dormir. Ni mucho menos había entablado algún tipo de conversación con alguien ajeno a mi raza, a excepción de lo que



las normas de cortesía dictaban. No era capaz de imaginar cómo iba a conseguir adentrarme en sus poblados y caminar entre sus gentes mientras todos escrutaban mi condición de extranjero, y me resultaba especialmente preocupante conseguir una cita con el cónclave real.

Sin embargo, el rey confiaba en mí. Lo poco que tenía en esta mísera vida se lo debía a él. Las sábanas con las que me arropaba, la indumentaria que vestía, las paredes que me mantenían caliente durante el invierno... Si el rey Yóser no hubiera tenido a bien acogermé entre los súbditos de su corte, me hubiese convertido en un mendigo sin oficio ni hogar. Estaba en deuda con él y yo lo sabía.

Pensé en lo que podía encontrarme fuera de las fronteras de Irisia.

Los alígeros eran gente bondadosa y cordial. Habitaban las copas de los árboles en inexplicables construcciones que se fundían con la naturaleza. Sus grandes alas, que les permitían desplazarse por los aires, su complexión liviana y su melena rizada componían sus rasgos más característicos. Lo sabía de sobra, pues lo había estudiado durante mi época de colegial.

Los neríticos eran los habitantes de las aguas tranquilas. Se sentían a gusto formando sus poblados alrededor de lagos y estanques, pues su complexión atlética, sus membranas interdigitales y su asombrosa facilidad para la natación creaban un nexo inherente e ineludible con el agua. Había leído que, incluso, poseían un tercer párpado que les facilitaba sus expediciones subacuáticas. Se les conocía por su denotado valor.



Los sábulos, de piel canela y pelo trenzado, habitaban en los desiertos de Táreta. Se decía de ellos que eran excesivamente desconfiados y que resultaba difícil establecer cualquier tipo de relación. Me preocupaban especialmente, pues su entorno y el nuestro eran muy diferentes.

Los carentes, sin duda los más huraños y asociales. Se sabía de ellos que sentían especial aversión hacia los convergentes —aunque eran los que disponían de más sirvientes mestizos— y que, en general, no se relacionaban con el resto de razas, ni tan siquiera en festividades tan importantes como los Juegos Florales. Vivían en cuevas, bajo tierra en su mayoría, careciendo prácticamente del sentido de la vista. Destacaban por su fuerza y ferocidad.

Y por último los zarcos, habitantes de las nieves. De piel marmórea y ojos claros, con un oído excepcional y una mirada casi inexpresiva, se mostraban tranquilos y seguros de sí mismos. No me darían problemas si no les gritaba en la oreja.

Todas esas diferencias se aglutinaban en mi cabeza peleando por ser el mayor de mis problemas junto al resto de inquietudes que la cercana partida me creaba, anclándome en una vigilia de preocupaciones que por fortuna el sueño logró vencer, permitiéndome descansar al fin.



En la madrugada de la segunda noche, tal y como el rey me había ordenado, me escabullí por las escaleras hasta la parte más baja de la torre. Crucé pasillos adornados con estandartes de guerras pasadas, documentos de conciliación



enmarcados en plata y mullidas alfombras tejidas a mano por artesanos irisados. Nada en Irisia procedía de más allá de sus fronteras. Todo lo que necesitábamos se obtenía directamente a partir de los recursos que nuestros estimados bosques nos proporcionaban y los artesanos conformaban una parte importante de nuestra cultura. No había un solo irisado, ya fuera niño o soldado, que no poseyera una tradición familiar sustentada en la manufacturación de alguno de los materiales naturales que la tierra nos facilitaba. No existía una sola persona en Irisia que no estimase al bosque de la misma manera que estimaba a sus seres queridos, pues la extraordinaria característica de sublimación con el entorno, propia solo de nuestro pueblo, nos confería una conexión íntima con él, imposible de eludir.

Bajo la atenta mirada de la luna llena, había sido precavido al esconder un pequeño morral entre unos matorrales cercanos, que se adornaba con las filigranas características de mi pueblo. Necesitaría cualquier cosa que me mantuviera unido a mi linaje una vez partiera a través de los muros del castillo. Pero tenía que ser cauto al recogerlo, pues todas las noches algunos soldados hacían guardia por el recinto, deambulando de aquí para allá por el amplio territorio que abarcaba el propio castillo, las edificaciones aledañas pertenecientes a la biblioteca, las cuadras y a otros menesteres y los hermosos jardines florales que abrazaban cada rincón. Yo mismo había sido uno de los designados a ese trabajo en más de una ocasión, por lo que adivinar los movimientos de mis compañeros no era difícil.

—¿Qué hay, Dókor? —me saludó uno de los centinelas al verme pasar. Había entrenado junto a él alguna vez y



ciertamente le debía mi aprendizaje en cuanto al uso de armas blancas. Algo de lo que secretamente no me enorgullecía—. ¿Adónde vas a estas horas? ¿Has quedado con alguna jovencita?

Se rio junto a su compañero de guardia, tratando de tomarme el pelo. Mi fama de joven solitario e introvertido me precedía, por lo que no podía recriminarle la broma. Levanté la mano a modo de saludo y continué mi camino sin hacerle mucho caso. No tardé en arribar al lugar en donde había escondido mis provisiones, y recogí mis enseres en el mismo momento en el que las nubes cubrieron la luna y la luz de las antorchas se desdibujaron dotando al lugar de un halo fantasmagórico difícil de obviar. Me dirigí sin demora a las cocinas, en la parte trasera de la Torre de los Abandonados, y, tal y como el rey Yóser me había indicado, la puerta estaba abierta para mí. En el interior, una mujer joven daba vueltas a un puchero a unas horas realmente inusuales para la tarea.

—¿Pensabas que no ibas a encontrar a nadie aquí? —me preguntó ante el gesto de asombro que surgió de mi rostro. Luego se limpió las manos en un trapo, se deshizo de su delantal immaculado y repleto de volantes y se ató el cabello en una coleta alta, con gesto decidido. No fue difícil para mí adivinar que aquella joven tenía muy poco de cocinera.

—¿Quién eres? —le pregunté, sin ningún tipo de rodeo.

—Me llamo Dalia. Oficialmente soy solo una cocinera más —me explicó mientras retiraba el caldero del fuego sin intención alguna de terminar de prepararlo—. Formo parte de la guardia secreta del Rey, y esta noche me han encargado custodiarte hasta la Sala de la Gema. ¿Sabes acaso



en dónde te has metido, muchacho? —me interrogó, y vi la pena asomando en sus facciones pues ambos sabíamos que mi posición de abandonado y fiel soldado del rey no me daba ninguna otra opción más que la de obedecer.

Me permití observarla con perplejidad durante unos instantes en los que maldije mi estupidez. Era tan obvio que el Rey debía disponer de un escuadrón oculto para su protección personal que el hecho de no habérmelo planteado nunca representaba un golpe duro para mi seguridad. Debía ser más cauto y más astuto si pretendía llevar a cabo aquella misión.

—Vamos, sígueme —me ordenó Dalia.

Caminamos entre las sombras a través de las habitaciones aledañas a las cocinas hasta llegar a uno de los pasillos que conducían a las estancias principales del castillo. Todo allí era más adusto, aunque las paredes seguían estando adornadas con símbolos de la Irisia gloriosa: estandartes, escudos y retratos de nuestros antepasados que se empeñaban en anquilosar el sentimiento de nación —y, por ende, de raza— en lo más profundo de nuestros corazones.

«El pueblo irisado busca la armonía con la Naturaleza. Irisia representa la paz y el equilibrio espiritual», repetían los maestros en sus pequeñas clases colmadas de inocentes rostros infantiles, fácilmente moldeables. Traté de deshacerme de esos pensamientos cuando Dalia me ordenó que fuese más precavido que nunca. No tenía ganas de toparse con ninguno de los centinelas que deambulaban por el interior del castillo y tampoco me apetecía mucho tener que inventar alguna excusa si llegaba a encontrarse a cualquiera de los sirvientes mestizos. Atravesamos el gran comedor



en donde la mesa ya lucía primorosamente preparada con el menaje adecuado para el desayuno del día siguiente y las más esplendorosas plantas y flores ocupaban cada rincón. El techo, una bóveda de cristal y hierro forjado, dejaba pasar la luz de la luna y el brillo de las estrellas. Era una estampa tan hermosa que Dalia me tuvo que llamar la atención para que no me entretuviera. Un poco más allá, a través de la puerta de servicio, unas descuidadas escaleras contrastaban de forma casi grosera con la nobleza de la sala anterior.

—¿Quién te ha engañado para llevar a cabo esta misión?
—susurró la soldado mientras ascendíamos.

Arrugué la frente y preferí callar, actuando con la discreción que el rey había solicitado.

—¿Sabes lo peligroso que es viajar con una de esas gemas a cargo? Si los convergentes llegan a enterarse, intentarán darte caza a cualquier precio.

—Lo tendré en cuenta —me limité a decir.

—¿Tienes idea de por qué el Rey te ha elegido a ti? —Dalia se volvió para mirarme a los ojos y descubrir mi ignorancia. No existía ningún motivo específico para que el Rey me hubiera encomendado la tarea a mí y no a otra persona más allá de la confianza que el regente depositaba en mí—. Las gemas son monstruosas —me aseguró—. Necesitan estar en contacto continuo con un ser vivo para poder beneficiarse de su vital unión con el medio. Precisan extraer el vigor y la fuerza que la conexión con la Naturaleza nos otorga a cada uno de nosotros, en especial a los más jóvenes como tú. Y tú, Dókor —enfaticó mi nombre, pues, aunque era la primera vez que conversábamos, Dalia parecía saber muy



bien quién era yo— te mimetizas muy bien con el entorno, teniendo en cuenta la edad que tienes.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que seas rápido, amigo. Sé que no es tu voluntad transportar un objeto tan valioso como la Gema de la Alcurnia de Irisia. Por eso te aconsejo que no te demores, porque de lo contrario acabará contigo.

—Nadie me espera de vuelta —dije, con más amargura de la que me hubiera gustado dejar ver.

—Lo sé... Solo un abandonado tendría el coraje para realizar esta misión. —Y su voz sonó con un deje de reproche que para nada iba dirigido a mí.

Nos detuvimos en uno de los pisos más altos. Caminamos juntos y en silencio unos pasos más a través del pasillo polvoriento, claramente en desuso y solo iluminado por alguna antorcha moribunda, hasta que Dalia encontró lo que andaba buscando. Se agachó y retiró una pesada alfombra bordada con recamados de flores silvestres. Bajo ella, apareció una portezuela.

—¿Estás preparado? —No podía decir otra cosa, así que asentí y Dalia retiró el portón—. Al final del túnel te estará esperando el Rey. —Me dedicó una mirada de lástima por última vez antes de despedirse—. Buena suerte.

Me introduje por el hueco sacudiendo la cabeza, procurando dejar atrás las palabras agoreras de Dalia, y me dejé caer dando un pequeño salto. Cuando alcé la vista, la soldado ya estaba cerrando de nuevo el paso secreto, abocándome a la oscuridad del pasadizo.

Frío, humedad y un olor a moho cubriendo mi nariz me acompañaron durante todo el trayecto, pero no me había



formado como soldado de Irisia para amedrentarme a la primera de cambio, así que me armé de valor y dejé atrás las razonables dudas que Dalia había planteado en referencia a la misión. Podía hacerlo por Irisia. Podía hacerlo por mi Rey. No tardé en dar con el final del túnel en donde una tenue luz se filtraba por debajo de una puerta. Dudé unos instantes sobre si debía llamar o no. Finalmente, me decidí a abrirla con cautela pues no creí que estuvieran esperando a nadie más que a mí. Tras el dintel, el rey Yóser aguardaba estoico, vestido con una gruesa capa de piel rojiza que le cubría desde los hombros hasta los tobillos, y a su lado, un segundo miembro de la Guardia Real custodiaba su integridad ataviado con las mejores armas del reino. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, el soldado me examinó de arriba abajo, verificando mi lealtad en la ausencia de armas ocultas.

—Eso no es necesario, Daúl —le reprochó el rey. Sin embargo, el soldado tan solo se detuvo cuando se convenció de su seguridad—. Discúlpale —rogó el regente—. Es parte del protocolo.

—Lo entiendo.

—Supongo que si has llegado hasta aquí es porque has conocido a Dalia. Es una mujer asombrosa. Muy diestra en combate. —El Rey me observó y yo intenté aparentar seguridad escondiendo el desconcierto en lo más profundo de mi ser—. Del mismo modo, ahora eres partícipe también de la existencia de la Guardia Secreta. Esto es así porque confío en ti, Dókor —me aseguró—. Lo suficiente como para hacerte cómplice de una información de la que ni siquiera tu capitán está al tanto —declaró con desinterés.



No osé moverme. No tenía claro cómo se suponía que debía comportarme así que solo esperé, paciente, escuchando las palabras de mi Rey.

—Y si todo sale bien —continuó—, podremos decir que tú también serás uno de los elegidos para formar parte de mi guardia personal. Es todo un honor, ¿no crees?

—Por descontado, Majestad.

—Bien, acompáñame...

El soberano abrió una puerta al otro lado de la sala y tanto Daúl como yo seguimos sus pasos. De pronto nos encontramos en una habitación acristalada provista de un techo abovedado que permitía que un manto de estrellas cubriera nuestras cabezas, muy parecido al del comedor. Tuve la posibilidad por segunda vez aquella noche de observar con asombro la armónica arquitectura irisada fundiéndose con la naturaleza, recordándonos que formábamos parte de ella. Nos encontrábamos en lo alto de una de las torres, aunque la sensación era de estar en montaña abierta, rodeados de la frondosa vegetación de los bosques aledaños. Me pregunté cómo era posible que hubiera llegado hasta aquí, pues no tenía la sensación de haber ascendido tanto a través del túnel oculto. En el centro de la sala se hallaba un altar fabricado con el retorcido tronco de un árbol, que no atiné a adivinar si se encontraba con vida o no. A su alrededor crecían multitud de exuberantes plantas y arbustos, a cuál más esplendoroso, y por las paredes y el suelo arenoso se extendían enredaderas y hiedras. A cada lado del altar se encontraban, así mismo, dos muchachas jóvenes que se sentaban en el suelo tomadas de las manos. Mantenían los ojos cerrados y parecían estar en trance.



—No te preocupes por ellas —me aseguró el Rey—. Se ocupan de mimetizar la sala con el contexto exterior para que no sea descubierta. Hubiese preferido mantener la gema oculta en otro lugar más resguardado, pero necesita estar en contacto con la naturaleza para no perecer.

El rey se acercó al altar y tomó la gema entre sus manos. Era grande y ovalada, y mostraba un tono nacarado que bien podría decirse que era muy similar al de los ojos de los irisados. Las jóvenes parecieron extraerse del trance en el momento en el que la extraña piedra abandonó el altar, pero, a pesar de que entreabrieron los ojos, no se movieron de sus posiciones.

El regente caminó hasta mí y dejó que mis dedos rozaran la gema sin llegar a entregármela.

—Esta es la única posibilidad que tenemos para que los seis reinos de Táreta se unan y hagan frente a los convergentes —me aseguró—. Si lo intentamos por separado, sus singulares y desconocidas habilidades acabarían con nosotros. Debes custodiarla y protegerla con tu propia vida —me ordenó.

—Así lo haré.

—Y debes mantenerla al abrigo de la Naturaleza, Dókor. Siempre en contacto con ella. De otro modo perdería su poder.

—Puede estar seguro de que seguiré sus indicaciones.

El hombre dejó ir la gema, al fin, entregándome su responsabilidad y custodio. La oculté en mi morral casi con urgencia, como si las paredes tuvieran ojos. Después el rey se acercó a la cristalera y abrió una de las ventanas. Se asomó bajo la atenta mirada de Daúl, y me instó a echar un



vistazo. Una simple escalera de metal se fundía con la pared de la torre hasta llegar al suelo, al otro lado de las murallas del castillo.

—Allí abajo hay un *tileg* esperando por ti.

—¿Un *tileg*? —pregunté fascinado pues, junto al zorro, el *tileg* representaba uno de los animales sagrados de Irisia.

—Te he visto montarlos en las prácticas y te desenvuelves con soltura. Tómallo como un regalo.

Sonreí sin ocultar mi satisfacción, complacido por la oportunidad de disponer de un animal tan portentoso y elegante como un *tileg* para mí mismo, y con renovada confianza, me encaramé a la cornisa.

—Aguarda, Dókor —me rogó el rey Yóser, rebuscando entre los pliegues de su aljuba. Pronto encontró lo que buscaba, y me entregó las cartas que había prometido—. Una para cada rey —me recordó.

Asentí, y con la irreflexiva atracción hacia la aventura que solo la juventud es capaz de otorgar, me dispuse a descender por la escalerilla hacia lo que fuera que me deparase el destino.